

# Juan José Barcia Goyanes (1901-2003), estudioso de la historia del lenguaje anatómico

José Antonio Díaz Rojo\*

*El profesor de anatomía nombraba en latín las partes, intrigantes, magníficas, del cuerpo, y eso permitía, eso permite, que todos comprendamos que allí no es sólo anatomía lo que se explica, sino que se está explicando también la historia de la cultura.*

Felipe Mellizo: *Literatura y enfermedad*.  
Barcelona: Plaza y Janés; 1979

A los 101 años, el 13 de julio del 2003 falleció en Valencia (España) el doctor Juan José Barcia Goyanes, catedrático de Anatomía y Psiquiatra y pionero de la neurocirugía en España, reconocido internacionalmente por su *Onomatología anatómica nova* (Valencia: Universidad de Valencia; 1978-1990), monumental historia del lenguaje anatómico y una de las más importantes obras en el campo de la terminología médica, fruto de más de treinta años de riguroso trabajo.

Nacido en Santiago de Compostela en 1901, en el seno de una familia dedicada a la medicina durante los dos últimos siglos, su vocación temprana fue la de marino, si bien terminó por seguir la tradición familiar y obtuvo la licenciatura en Medicina en 1923, en la universidad de su ciudad natal, donde impartió clases como profesor auxiliar entre 1924 y 1927. Ese último año se doctora en Medicina en Madrid y gana la plaza de catedrático de Anatomía Humana y Técnica Anatómica en la Universidad de Salamanca. Con un sueldo de 450 pesetas mensuales, el joven profesor necesitaba ingresos complementarios, lo que le llevó a practicar la psiquiatría. En 1929 se traslada a Valencia para ocupar la cátedra de Anatomía de su universidad, en la que permaneció hasta su jubilación administrativa en 1971. En la ciudad levantina vivió el resto de su vida, entregado a la investigación, la docencia y el ejercicio médico.

Atraído por la neurología, el cultivo profesional y científico de esta especialidad le lleva a obtener la plaza de jefe del Servicio de Neuropsiquiatría del Hospital General de Valencia, y a ocupar la jefatura de la Sección de Neurología del Instituto Cajal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, además de convertirse en uno de los pioneros de la neurocirugía en España. Fue decano de la Facultad de Medicina (1945-1964) y rector de la Universidad de Valencia (1966-1972).

Escribió *Los fundamentos históricos de la anatomía. La vida, el sexo y la herencia* (1938), *Los tumores cerebrales* (1942), *La expresión histórica del concepto de forma en biología* (discurso, 1962) y *El mito de Vesalio* (1994), así como numerosos artículos sobre anatomía y neurología, publicados en revistas especializadas. Durante los dos últimos decenios publicó varios artículos sobre historia del lenguaje anatómico. Cultivó la literatura de creación, y fruto de su afición son los libros *Salterio* (1986), *Canto de cisne* (1995), *Como el eco* (2001) y *Escritos escogidos* (2002). Fue director de tres revistas científicas: *Archivo Español de Morfología, Medicina Española* y *Revista Española de Otoneurooftalmología y Neurocirugía*. Estaba en posesión de algunas de las más importantes distinciones académicas y científicas de España, como la Orden de Alfonso X el Sabio, la Gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad y la Medalla Castelao, que concede la Junta de Galicia. Era miembro de honor de la Società Italiana de Neurochirurgia, de la British Society of Neurological Surgeons, de la Société Française de Neurochirurgie y de la Sociedade Portuguesa de Neuropsiquiatria.

Hasta pocos meses antes de su muerte, Barcia, que conservaba una asombrosa lucidez y vitalidad, seguía desarrollando su actividad intelectual. Leía, estudiaba —estaba aprendiendo húngaro— y escribía con la misma pasión de siempre, ayudado por algún asistente, dados sus problemas de vista. El ordenador e Internet le llegaron pasados los ochenta años, pero la edad no fue inconveniente para incorporarlos a su trabajo. Afirmaba que la etapa intelectualmente más fructífera de su vida fue a partir de los setenta años, cuando se retiró de sus puestos profesionales. Culto y cordial, este hombre afable gozó del respeto de todos a lo largo de su dilatada vida. Descanse en paz.

## La *Onomatología anatómica nova*

El interés de Barcia Goyanes por la terminología de la anatomía, que se había iniciado con su trabajo sobre *la Nomina anatómica*\*\* en 1948 y había continuado con otro trabajo en 1960, culmina en 1978 con la publicación del primer volumen de la *Onomatología anatómica nova. Historia del lenguaje anatómico*, uno de los más importantes monumentos de la lexicografía médica y muestra de la talla intelectual de su autor. Su antecedente es la *Onomatología anatómica*

\* CSIC, España. Dirección para correspondencia: jose.a.diaz@uv.es.

\*\* Desde el punto de vista etimológico, la forma correcta es «los Nomina anatómica», con artículo masculino plural, ya que *nomina* significa nombres, pues es el plural del sustantivo latino neutro *nomen, nominis* (nombre). Dada la terminación de la palabra en *-a*, habitualmente se toma *nomina* como sustantivo femenino singular, de ahí que utilizemos «la *Nomina anatómica*», por ser la forma más común y la preferida por el propio Barcia.

del austríaco Joseph Hyrtl, publicada en 1880, que Barcia leyó tempranamente en un ejemplar de la biblioteca de su abuelo, el catedrático gallego Juan Barcia Caballero. Barcia Goyanes toma el título del libro de Hyrtl para titular su historia como homenaje al admirado maestro vienés. Ambas obras difieren en sus objetivos, a pesar de las semejanzas en la concepción y presentación formal.

El libro de Hyrtl ve la luz a finales del siglo XIX, en un momento en que las reformas terminológicas sistemáticas eran aún vistas como soluciones viables para depurar el léxico médico. El relativo éxito de algunas nomenclaturas científicas, como la química o la botánica, hacía creer que el proyecto reformador era aplicable a la terminología médica con similares resultados. La sinonimia anatómica había alcanzado un nivel muy preocupante, y el léxico de la anatomía estaba plagado de términos mal contruidos, desfasados y arbitrarios. El anatomista austríaco proponía una profunda reforma terminológica que devolviera a la nomenclatura anatómica el rigor y la precisión que todo lenguaje científico necesita para cumplir su función comunicativa. La publicación de la primera *Nomina anatomica* de Basilea (NAB), en 1895, es fruto de ese intento de normalizar la nomenclatura anatómica, acorde con los ideales propios de los siglos XVIII y XIX, mediante la eliminación de la variación terminológica y la unificación de las denominaciones.

Casi cien años después, Barcia, con toda una vida dedicada a la enseñanza y la investigación anatómica y con un conocimiento profundo de cómo funciona realmente un lenguaje científico, desde su sabia experiencia con las palabras ve el problema con otra mentalidad: «No cabe hoy, pues, repetir el intento del maestro vienés, ya que los errores y los términos arbitrarios y absurdos, si es que los hay, han recibido una reiterada consagración», afirma en el prólogo de su obra. Consciente de la dificultad de reformar un lenguaje de forma planificada e imponerlo con éxito, Barcia persigue otro fin con su magistral obra, como declara en el prólogo: «Mi intento es otro: el de confeccionar un glosario de las denominaciones oficialmente reconocidas, en el que se estudie la historia de cada una [...]». Es obvio que la magnitud de la obra de Barcia supera la de un glosario. Sus conocimientos históricos, literarios, filológicos, médicos y anatómicos se plasman en las ricas entradas de la *Onomatología*, en muchos casos verdaderos relatos llenos de vida y humanidad, que hacen de este admirable trabajo lexicográfico algo más que una fría obra de erudición filológica. Véanse como muestra las explicaciones dedicadas a los términos *abdomen*, *acetabulum*, *adepts*, *ancon* (codo), *calcaneum*, *cartilago*, *esophagus*, *tendo Achillis* (talón de Aquiles), *pecten* (pubis), *prominentia faringea* (nuez o manzana de Adán) o *páncreas*, entre otras.

El prólogo nos ofrece algunos datos reveladores para situar el diccionario histórico de Barcia en su contexto y conocer su origen y método. Consciente el autor de que, en un mundo en el que lo técnico prima sobre lo humanístico, su ingente esfuerzo de investigación lingüística no se vería recompensado y su trabajo no obtendría el reconocimiento científico merecido, Barcia justifica la utilidad de su obra acudiendo al principio que siempre ha guiado la labor histo-

riográfica de su discípulo Laín Entralgo y toda su escuela: el conocimiento histórico como fundamento del conocimiento sistemático, es decir, la historia como vía de comprensión de la realidad total del ser humano. Barcia entendió con acierto que el conocimiento sistemático debe empezar por los «nombres que en el curso del tiempo ha recibido el objeto mismo de ese conocer». Decía que cada palabra es en sí misma un «monumento».

Esta es una idea muy orteguiana. Ortega y Gasset consideraba a las palabras como «algos humanos vivientes», de ahí que afirmara que «cada palabra reclama una biografía». Ortega creó el concepto de *razón histórica*, distinta de la razón pura y de la razón práctica, que concibió como la vivencia total de lo que el hombre ha pasado y pasa, es decir, la «realidad radical». Como una de las vías de acceso para alcanzar la comprensión de la razón histórica, el filósofo se propone desentrañar el significado de las palabras, pues, en el fondo del mismo late la historia y el entramado vital de los pueblos. Para Ortega, una palabra es, en suma, el sedimento de la experiencia humana.

En una sociedad como la nuestra, que no siempre es capaz de reconocer que la investigación humanística exige el mismo rigor y profesionalidad que la investigación científica, Barcia es perfectamente consciente de que la historia y la filología son disciplinas que requieren de un método de estudio tan preciso como las llamadas ciencias duras. Por ello, para llevar a cabo su labor asimila los métodos de trabajo que aplica el grupo de historiadores de la medicina encabezado por José María López Piñero en la Universidad de Valencia, basados en la lectura e interpretación crítica de las fuentes manuscritas, impresas y de archivo. La consulta de más de 500 obras en las lenguas más diversas, entre tratados de anatomía de todas las épocas, diccionarios y manuales de historia de la medicina, fue la base de este magno trabajo de investigación. Para realizar su labor refrescó su griego y aprendió árabe, además de tomar contacto con otras lenguas de cultura. El excelente contenido de las entradas del diccionario podría haberse visto mejorado en su organización y presentación con un mayor esfuerzo en la técnica lexicográfica. Con todo, Barcia es un ejemplo de científico que se tomó en serio la investigación humanística, no como una mera diversión de jubilado para llenar los ratos libres, y que supo comprender los impagables servicios que la historia y la filología pueden aportar a la sociedad.

La *Onomatología* recoge unos 15 000 términos en cerca de 6500 entradas, que corresponden a las denominaciones oficiales de la *Nomina anatomica* de 1972, repartidas en ocho volúmenes y un suplemento, que se completan con un tomo que contiene el índice alfabético de todos los términos anatómicos mencionados en la obra. En cada entrada se ofrece una definición escueta del término, la etimología, los sinónimos y las equivalencias en 13 lenguas: español, portugués, francés, italiano, inglés, alemán, neerlandés, sueco, ruso, polaco, griego, árabe y hebreo; se señalan los epónimos y las denominaciones que cada accidente anatómico ha tenido a lo largo de la historia; se ilustran los distintos usos con citas de textos extraídos de tratados y manuales de anatomía, así como

de obras literarias. Es un buen ejemplo que nos muestra que la medicina, como toda la ciencia, no es una actividad aislada, autorregulada y libre de influencias culturales, sino un quehacer integrado en su contexto social e histórico y que corre parejo al resto de las manifestaciones del espíritu humano, como la literatura, el arte, la filosofía, la religión o el derecho.

A lo largo de los cientos de páginas de la *Onomatología*, Barcia va dando cuenta de los fenómenos semánticos y formales que a lo largo de los siglos han ido conformando el lenguaje que hoy emplean los anatomistas, dejándonos con su trabajo un claro ejemplo de que la diacronía se halla presente en la sincronía. La evolución sufrida por el léxico anatómico —con sus cambios semánticos, metáforas, vacilaciones ortográficas, contacto de lenguas, pugnas nacionalistas y personalistas por la primacía en las denominaciones, impropiedades léxicas, paronimias, etc.— es un reflejo de la experiencia histórica de los pueblos y de su desarrollo cultural.

Como es sabido, durante la Antigüedad y la Baja Edad Media, la lengua de la anatomía, como de toda la ciencia, era el griego, y en mucha menor medida el latín. A partir del siglo XI, la presencia de los árabes en Europa impulsa en nuestro suelo la realización de traducciones y adaptaciones al latín de textos árabes y hebreos que contenían el saber clásico. El desconocimiento de muchos términos latinos obliga a los traductores a introducir préstamos y calcos del árabe en sus textos, hasta que en el Renacimiento, con el descubrimiento y estudio filológico de los textos grecolatinos originales, se lleva a cabo una labor de restitución lingüística, recuperando

la terminología latina y griega. Los descubrimientos anatómicos posteriores, fruto de la nueva concepción de la ciencia, más inclinada a la experimentación y la observación directa del hombre y la naturaleza, traen como consecuencia la aparición de neologismos, no siempre bien contruidos, además de numerosos epónimos con los que se pretendía rendir homenaje a los descubridores, con las consiguientes pugnas en la atribución de los hallazgos.

Enmarcándola en este esquema histórico, Barcia va desgranando la evolución sufrida por el lenguaje anatómico. Nos sorprende con la riqueza metafórica de un léxico vivo y con motivaciones semánticas profundamente apegadas a la realidad humana y a la vida cotidiana: *acetabulum* designaba un recipiente para contener vinagre; *alveolus* viene del latín *alveus* ‘colmena’; *amígdala* procede del griego *amygdala* ‘almendra’; *clitoris* era para los griegos una colina o pequeño promontorio; *gínglimo* procede del griego *ginglymós* ‘gozne’. Las metáforas vegetales, animales, geográficas o domésticas revelan esta tendencia tan humana de un lenguaje como es el léxico anatómico. Barcia aclara etimologías confusas —como la del arabismo *nuca*, por ejemplo—, corrige epónimos injustificados y errores morfológicos —como el término *psaos*, que debe ser *psoa*—, y explica incongruencias, como la de llamar *pectíneo*, que significa ‘con bordados’, al músculo relacionado con el *pecten* ‘pubis’. En suma, la *Onomatología* de Barcia Goyanes es una obra que nos asombra y enseña, y nos ofrece una hermosa lección de trabajo serio y riguroso para mostrar que bajo la historia del lenguaje anatómico no subyace sino la historia de la cultura.

